

NATALIA GUILLÉN BAUMGARTEN
**CUERPO FEMENINO
EN MOVIMIENTO:
SUBJETIVIDAD QUE SE
PONE EN ESCENA, TEXTO
SIN PALABRAS**

BAZ, Margarita. *Metáforas del cuerpo. Un estudio sobre la mujer y la danza*, Coordinación de Humanidades, Programa Universitario de Estudios de Género, UNAM-Universidad Autónoma Metropolitana-Unidad Xochimilco, México, 1996.

El libro de Margarita Baz nos lleva a un vasto recorrido por los fértiles surcos teóricos que atraviesan y forjan su objeto epistemológico: el cuerpo subjetivo de la mujer. Las delimitaciones de este objeto son cuidadosamente construidas mediante una red compleja, multidimensional, de los discursos teóricos a partir de los cuales Baz se sitúa para acercarse, observar, escuchar y descifrar los lenguajes de

las bailarinas, quienes portan el emblema paradigmático de cuerpo de mujer en movimiento, cuerpo femenino sujeto —en el juego de miradas— a las vicisitudes del deseo, propio y del otro.

Este trabajo, además de la revisión teórica que hace desde distintas miradas epistemológicas, tiene también la riqueza que aporta la evidencia empírica.

Se ubica esta investigación en el contexto teórico de los tres registros fundamentales:¹ lo real, lo imaginario y lo simbólico, que sostienen la concepción psicoanalítica de la subjetividad, asumiendo la doble cursividad de los seres humanos, aquella que parte del sujeto del enunciado y la que se hace oír desde el inconsciente.²

Para el trabajo de campo, la autora utilizó herramientas de la teoría de

¹ Lacan, 1958.

² Freud, 1900.

grupos operativos, entrevista abierta basada en el desarrollo de una tarea: “ hablar de su experiencia como bailarinas” . El trabajo de interpretación de los datos empíricos se realizó con una metodología de análisis de discurso mediada por escucha analítica, que consideró la noción de inconsciente y las categorías provenientes de la psicología social: intersubjetividad y red institucional.

La pregunta que giró en torno a su investigación fue: ¿cuál es el papel que juega el vínculo con el propio cuerpo en la subjetividad de la mujer? En la introducción señala la autora:

El vínculo con el cuerpo propio es un texto a descifrar. ¿Cómo podremos hacerlo hablar? La manera de hablar del inconsciente... es en metáforas, como Freud lo mostró en su trabajo con los sueños. Por ello partimos de la premisa de que la relación con el cuerpo metaforiza las vicisitudes de los vínculos que establecemos con nues-

tra realidad... todo vínculo supone un contenido latente.³

Para su análisis, Baz incorpora las premisas de la teoría freudiana de interpretación de los sueños, interpretación del doble sentido oculto en la discursividad manifiesta.

La tarea primera fue construir una noción de cuerpo. Durante mucho tiempo el tropiezo ha sido el dualismo mente-cuerpo; no obstante, advierte la autora, el obstáculo epistemológico que representa tal concepción dualista en diversas disciplinas del saber, ha enfilado los esfuerzos de explicación a una concepción diferente, en la que destacan las dimensiones subjetiva y social de la corporeidad. Freud contribuyó con ricos aportes conceptuales y un modelo explicativo del cuerpo que trasciende las fronteras de lo bio-

³ Baz, Margarita. *Metáforas del cuerpo. Un estudio sobre la mujer y la danza*. Coordinación de Humanidades, Programa Universitario de Estudios de Género, UNAM- Universidad Autónoma Metropolitana-Unidad Xochimilco. México, 1996, p.10.

lógico, que surge en la subversión del orden de la necesidad biológica. Es un cuerpo con marcas, que se inscribe en ese intercambio de la madre con el hijo en los cuidados corporales cotidianos, erigiéndose así en un cuerpo erótico, en un cuerpo que desea. Al respecto nos dice la autora:

— Hay una escritura, una gramaticalidad que procede de la palabra: lo real del cuerpo, que en su origen es la indiferenciación biológica, queda marcado por el lenguaje que lo transforma de “carne” en cuerpo. Es el lenguaje el que significa la experiencia erótica del cuerpo. Por ello, para el psicoanálisis, cuerpo y lenguaje son inseparables..., hay cuerpo porque hay lenguaje. Esto presupone un ingreso del infante al orden simbólico inicialmente como objeto de otro, para poder enseguida situarse como sujeto. Los significantes conforman un cuerpo de “bordes” y “agujeros”, condenando

al deseo y a la finitud, lo que define la condición humana.⁴

De esta manera, Baz conforma un eje de trabajo que se ancla en la teoría psicoanalítica: cuerpo erótico-cuerpo fantasmático-cuerpo lenguaje, eje del cual accede a otro más abarcativo: cuerpo subjetivo femenino-cuerpo insituido-cuerpo danzante.

Para abordar este último eje, es menester recurrir teóricamente al estudio del espejo.⁵ Por un lado, nos da cuenta de un momento de desarrollo del infante y, por otro, revela la complejidad del vínculo del sujeto con su propia imagen. La proyección de la imagen en el espejo permite, inicialmente, la identificación de sí mismo; luego, en otro momento, propicia la identificación con el semejante. En ambas, la mirada materna tiene un

⁴ *Ibid.*, pp. 49-50.

⁵ Lacan, Jacques. *El estudio del espejo como formador de la función del yo [“je”] tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica*. Escritos 1, Siglo XXI Editores, México, 1978.

papel preponderante, ya que le otorga al infante un lugar desde donde descubre su propia imagen en el espejo. Éste es el camino de la constitución del yo humano y de los límites yo-no yo, donde está presente la ineluctable marca de la alienación de un sujeto que se confunde con la imagen.

Asimismo, la imagen del espejo permite reconocerse como cuerpo y como totalidad. En el fenómeno especular lo visual tiene un papel privilegiado, a ello se agrega la experiencia de todos los sentidos en el encuentro con el semejante. La imagen del cuerpo proyectada provee al niño el referente de una forma que le permite diferenciar lo que es y lo que no es, y hacer una primera organización de la realidad. El lenguaje tiene una función importantísima en la instauración de estas estructuras, al poner en operación la mediatez de las relaciones diferenciadoras, ya que en la lógica del infante son las relaciones inmediatas las privilegiadas. El lenguaje es, pues,

la llave para acceder al registro de lo simbólico.

La construcción de la feminidad sólo puede ser comprendida con base en los procesos subjetivos que están implicados en la emergencia de un cuerpo que se vive, se imagina y se representa sexuado, lo que dota de orientación al deseo sexual. En la base de ello se encuentra la diferencia anatómica de los sexos y el modo en que se estructuró el narcisismo primario como un proceso que adquiere resignificaciones a partir de la etapa fálica. Así, la diferencia anatómica inicial adquiere estatuto simbólico en el tamizaje de las dinámicas que instauran el complejo de castración y el complejo de Edipo. Recordemos que para Freud los caminos de esta etapa en el niño y en la niña son completamente diferentes. Para él, el masoquismo, la pasividad y el narcisismo son características eminentemente femeninas. A esto se suman los múltiples signos provistos por la cultura, en re-

lación con la diferencia de género, a los que, irremediamente, los infantes están sometidos desde edades tempranas.

La autora afirma que hay una relación de correspondencia entre la realidad psíquica que implica la asunción de la masculinidad o feminidad y la orientación del deseo en función de las posiciones que asuma cada sujeto con respecto a la diferencia simbólica. En última instancia, la feminidad queda definida por una posición subjetiva que implica ser objeto del deseo de un hombre. Esto último estaría dado, de acuerdo con Lacan, por el hecho de que la mujer asume su sexo por identificación con el objeto paternal, no por identificación con la madre. De esta manera, el cuerpo femenino queda capturado, por la mirada del otro, como objeto.

Respecto a las críticas que se han hecho a la concepción freudiana sobre la feminidad, Margarita Baz expresa lo siguiente:

Tanto desde dentro como de fuera del psicoanálisis se han discutido, ampliado o rebatido prácticamente todos sus elementos principales: los temas del cambio de objeto y de zona erógena; el masoquismo, la pasividad y el narcisismo, en tanto “ tríada femenina ” ; la idea de la masculinidad inicial; la vinculación preedípica con la madre y sus efectos en toda su vida futura; el lugar del hijo en el deseo de la mujer, y, naturalmente, la “ envidia del pene ” y el complejo de castración, en tanto situación estructural que determinaría, frente a la diferencia de los sexos, la asunción de una posición femenina.⁶

El debate al interior de este tema está vivo. La introducción de nuevos elementos teóricos provenientes del mismo psicoanálisis y de otros campos del saber han posibilitado otros cuestionamientos, así como la apertura de temas importantes inherentes al asun-

⁶ Baz, *op. cit.*, p. 81.

to de la feminidad. El aporte de los tres registros al cuerpo teórico del psicoanálisis ha permitido replantear preguntas fundamentales sobre la sexualidad y el cuerpo femenino.

Puede pensarse que la pregunta que en los momentos actuales vertebraba la discusión en el seno del psicoanálisis es: ¿qué desea una mujer? Tal interrogante teórico no puede dejar de acompañarse con la mirada hacia la situación social y política de las mujeres. Es decir, desde el campo social se dibuja una problemática que sorprende por sus características prácticamente universales:... la subordinación de la mujer y la sobreestimación social de la actividad masculina. La fórmula: varón dominante-mujer dependiente, que ha transitado épocas y sociedades, habla de condiciones socioculturales asimétricas que muestran que la diferencia sexual, entreverada con el funcionamiento del poder, ha resultado opresiva para las mujeres. El psi-

coanálisis trata de explicar la diferencia entre la subjetividad del hombre y la mujer. ¿Por qué tal diferencia se acompaña de desigualdad en derechos, posición y valoración social?⁷

Es una invitación a pensar la extensión de los fueros del elemento biológico de la diferencia sexual anatómica, al campo social.

Desde el enfoque institucional, Baz esboza los procesos que la sociedad y la cultura han esculpido para sujetar los cuerpos. Auténticos grilletes, ataduras que las tecnologías del poder y las tecnologías del yo han desarrollado;⁸ bien desde la propia voz interior, en un diálogo con el cuerpo propio, al convertirse éste en objeto para sí mismo; o bien desde la plataforma del cristianismo, con un ejercicio de poder dirigido al control de los placeres y de la sexualidad; o desde la lógica

⁷ *Ibid.*, p. 82.

⁸ Foucault, 1982.

del poder publicitario o consumista: cuerpos alienados en el exceso de un discurso que se impone en la dieta, vestimenta, ejercicio, cosméticos, ideales de belleza y en otras áreas más.

El cuerpo porta signos, señala la autora:

Signos impresos en la rotunda materialidad del cuerpo: la historia cultural entreverada con las circunstancias específicas de cada historia individual, particularidades resueltas según las vicisitudes del inconsciente. Lo “personal” habla siempre de lo social... utilizando su particular juego libidinal. ...Cada cuerpo resulta, así, el producto de los micropoderes que han actuado sobre él, de las instituciones que viabilizaron las estrategias de control, de normativización y socialización de los vínculos grupales en los que se jugó, de su lugar social, de su capacidad de resistencia. A lo largo de la vida vamos incorporando códigos que regulan la relación con el propio cuerpo

y su gobierno, así como el intercambio con otros cuerpos, códigos que quedan, literalmente, encarnados..., códigos todos ellos que confirman un peculiar gobierno del cuerpo, una ética fundada en lo aceptable, lo deseable, lo prohibido, las zonas “públicas” y las “privadas” ... moral acogida en los cuerpos... como una táctica de control de los mismos, y que en las sociedades occidentales de hoy se verifica a partir de la exigencia de su utilidad y eficacia, de prescripciones y tabúes.⁹

Las prácticas corporales están mediadas por códigos que si bien algunos permiten la expresión y creatividad propias, otros aparecen como “gramáticas cerradas” que no aceptan cambios ni permiten la expresividad y creatividad propias, sino que se imponen al sujeto desde afuera. Esto puede conducir a la emergencia de sujetos aislados que no asumen la historicidad del

⁹ Baz, *op. cit.*, p.108.

proceso social y personal, que no tienen memoria de las relaciones de orden colectivo y político.

Los ideales de las culturas capitalistas contemporáneas, con su enorme poder de sometimiento mediante los medios masivos de comunicación, han conformado una estética del cuerpo basada en un mundo de imágenes, producto de un orden cultural donde clase, raza y sexo se imponen como coordenadas hegemónicas que no dan cabida a lo diferente. Los estereotipos de belleza, emanados de una organización social como tal, tienen su mira en el cuerpo de la mujer, y la presencia del hombre habita en la demanda de hacer cumplir los requerimientos de tales estereotipos, que además tienen un arraigo muy profundo. En este contexto no resulta azaroso que en el lugar de la histeria del siglo XIX, se hayan instalado los trastornos alimenticios: la bulimia y la anorexia son una muestra.

En relación con el cuerpo danzante, Baz nos recuerda que la naturaleza

tiene una existencia provista de ritmos diversos, movimientos acompasados, algunos encarnados en los propios seres humanos: respiración, latidos del corazón, y podríamos agregar los ciclos biológicos, estructuras complejas que funcionan con un ritmo acompasado, insertas a su vez en multi y macroestructuras. La vida es movimiento, dice la autora, pero el movimiento que crea la danza es una expresión universal, “ un producto del mundo simbólico ” y, como tal, está inmersa en la dimensión social, la institucional y la estética; es una creación “ específicamente humana ” . Escuchemos a Margarita Baz: “ En la danza, el movimiento, la postura, los gestos, el espacio y el tiempo se funden en una dinámica que consiste en un despliegue organizado de energía en donde interaccionan creativamente las fuerzas implicadas. ...es siempre una metáfora de la vida, de la búsqueda creativa, de la renovación, del espíritu de juego ” .

Las funciones sociales que ha tenido han sido conjuro mágico, ritual o ceremonial, primordialmente, y son vehículo interesante para el conocimiento del desarrollo de las culturas. Una taxonomía de sus géneros distingue tres categorías: 1) danzas autóctonas o tradicionales, 2) danzas populares, y 3) danza teatral o de concierto. De esta última se deriva la que actualmente se conoce como “ballet”. Su forma artística tuvo su origen en Europa durante el renacimiento. La danza moderna nació en Estados Unidos, su forma evolucionada se conoce ahora como danza contemporánea. México participa en esta modalidad de arte, poniendo sus propios matices históricos. Baz se pregunta: “¿qué clase de cuerpo se trata de adquirir dada la concepción que se tiene de la danza?” Y, en consecuencia: “¿qué elementos psicosociales gravitan sobre esta actividad en el mundo contemporáneo?”¹⁰

¹⁰ *Ibid.*, p.114.

Hay diversos elementos que se ponen en juego en el complejo mundo de la danza. Ante todo hay que reconocer su carácter efímero y su condición de irrepetibilidad. El cuerpo, con todas sus características perecederas, es el instrumento de trabajo del bailarín/bailarina, quien por lo mismo requiere de una óptima condición física. Quien la ejecuta tiene un afán de dominio de la técnica y de su cuerpo, situación que otorga un efecto euforizante. La construcción de la belleza corporal es otra meta. En la danza, la sensualidad y el juego de la seducción se abre en ese terreno *princeps* que es la puesta en escena. El juego de reflejos producidos por los espejos, materiales y virtuales, echan a andar la dimensión imaginaria. Y hay que recordar que el cuerpo danzante se entrena y forma diariamente frente a un espejo. La danza es una construcción colectiva; “es el vehículo de manifestación de un entramado de deseos; es sostenido por una multi-

plicidad de miradas, exigido por los ideales y creado en alguna medida como defensa frente a la incertidumbre, como afirmación de la existencia” .¹¹ La tarea no sólo está dada por el bailarín o la bailarina, sino que intervienen especialistas en coreografía, maestros(as) de danza, directores(as) de escena. De tal manera, el ambiente dancístico construye un microcosmos en donde se juega una dinámica institucional, que enfrenta fuerzas multitransferenciales, pero a las que también se agrega el impulso de la fuerza creadora. Esta última desarrolla un vínculo pasional, que está en constante búsqueda de un objeto idealizado, que somete al cuerpo a una búsqueda de perfección por la expectativa mesiánica que se juega permanentemente: el deseo de trascendencia originado por ese vivir constante frente a los límites del cuerpo, cuerpo que envejece, cuerpo que perece.

¹¹ *Ibid.*, p.124.

La lectura de los resultados de la investigación provee muchos datos por demás interesantes; veamos la problemática encontrada:

- a) Un desconuelo básico que tiene como referente el cuerpo femenino, y que cuestiona profundamente su existencia; b) un deseo imperioso por afirmar la posibilidad de “ ser” y el propio valor; c) la fascinación por una imagen, la imagen prototípica e idealizada de omnipotencia y perfección que funciona fantasmáticamente como “ cuerpo mítico” ; d) una disposición subjetiva para enfrentar “ la falta” , en un anhelo de completud; e) altas expectativas respecto a su imagen y enorme autoexigencia; como consecuencia: susceptibilidad a la angustia y a la vergüenza vinculadas a la imagen corporal; f) una intensa batalla por reconciliarse con la imagen corporal y por repararla; g) procesos de identificación con el “ cuerpo mítico” en la ilusión del escenario y en la vivencia de

transformación del cuerpo; h) una tensión significativa entre la asimilación de la realidad del cuerpo y la negación o aspiración a cancelarla; i) predisposición para armar vínculos transferenciales de carácter primario, buscando incesantemente una mirada deseante que sostenga y confirme.¹²

Ante la pregunta sobre el vínculo con el propio cuerpo en la subjetividad de la mujer, Baz encuentra que éste pone en evidencia los procesos más arcaicos y fundantes de la subjetividad, entramados en la fantasmática de la imagen corporal, la que remite a los enigmas fundamentales de la constitución subjetiva: la existencia y la identidad, la sexualidad y la muerte.

Sus conclusiones apuntan a la presencia de la dificultad para el encuentro “pleno y gozoso” del cuerpo, originada por una fractura básica en torno a la fundación del cuerpo femenino. La cuestión narcisista se manifiesta primordialmente por una lucha por la autovaloración en la que se encuentran insertos la existencia, el ser mujer y el cuerpo. Por otro lado, concluye también Baz, hay una demanda permanente hacia un “otro”, petición que porta la validación de su sexualidad.

Los aportes de esta investigación dan luz a la comprensión de las vicisitudes del cuerpo subjetivo femenino. Considero que es una obra que abre el campo de la reflexión y la discusión en la perspectiva de género.

¹² *Ibid.*, p.135.